

SECCION DE ANUNCIOS DE EL REINO.

SUPLEMENTO AL NUMERO 320, CORRESPONDIENTE AL MIERCOLES 31 DE OCTUBRE DE 1860.

Revista Médica

Leamos en el Diario de los Debates:

«Dirijo las líneas siguientes a los médicos que se hallan atacados de enfermedades nerviosas. Durante cuatro años he participado de su impaciencia y de sus torturas. Los he curados no he economizado los sarcasmos, y me han tratado de enfermo imaginario. La medicina ha engañado todas mis esperanzas. He conocido el desaliento y la desesperación. En fin, ha llegado el día de la salvación... He hallado un medio de salud que no sospechaba. Traigo esta buena noticia a mis compañeros de infortunio: *Non ignarus mali, miseris succurrere disco.*»

Los primeros ataques de la perturbación nerviosa de que voy a tratar, datan de cuatro años. Entonces estuve por la primera vez de mi vida, seriamente enfermo, y afectado de un violento reumatismo fijo en la rodilla derecha y en la articulación tibio-tarsiana izquierda. Mucho se disputó en las escuelas y academias sobre el reumatismo; es uno sostienen que es una flegrasia; los otros dicen que es otra cosa; yo creo que estos tienen razón. El reumatismo es sin duda una flegrasia; pero como el diamante es un carbón; pues hay siempre en esta flegrasia una incógnita que la complica. Nos engaña la nomenclatura cuando coloca bajo una denominación común afecciones que se diferencian prodigiosamente entre sí. Ese estado mórbido se señala en fin con caracteres y anomalías extrañas, que muestran claramente la predominación del elemento nervioso sobre el elemento inflamatorio.

No traté de determinar las relaciones etiológicas u otras que han podido existir entre un reumatismo agudo y accesos nerviosos, intermitentes ó irregulares. Todos los orígenes de las enfermedades son oscuros; pero en fin, esas dos afecciones han sido en mi contemporánea; han nacido, por decirlo así en el mismo día. Difícil es creer en una coincidencia accidental y fortuita, y es difícil aun el comprender una conexión natural, una comunión de origen y de naturaleza entre afecciones tan diversas. Como quiera que sea, repito que la afección intermitente que vamos a tratar principió bajo la forma de un reumatismo nervioso, caracterizado por síntomas exacerbantes ó accesos nerviosos cerebrales. El reumatismo, propiamente dicho, desapareció en algunas semanas, mientras que la sobrevivencia y continuaron muchos años los accesos nerviosos que habían parecido ser su manifestación sintomática general. Durante el curso de la afección reumática, esos accesos fueron muy numerosos día y noche. Después de la caída del reumatismo y la calentura se mostraron más raras y francamente intermitentes, aunque sin regularizarse jamás, como las fiebres de acceso. Llegaban a horas diversas. Su invasión nocturna ó diurna era brusca ó anunciada por algunos síntomas prodromicos extraños. Un malestar súbito, vértigos, una tristeza sin causa, singulares depravaciones del gusto y del olfato me hacían á menudo prever que iba á sorprenderme un acceso. Una sensación indefinible caracterizaba cada acceso. No daré de esto más que una débil idea, comparándole al que precede á las fiebres y las otras enfermedades. Jamás he experimentado cosa semejante: era un abatimiento, un doloroso quebrantamiento de las fuerzas que me obligaba á acostarme inmediatamente. El tiempo trascurría sin que yo lo notase. Al fin del acceso yo quedaba siempre pasmado de la hora que marcaban los relojes; me hallaba en un estado intermedio entre la vida y la muerte, que no permitía ni la necesidad de la acción ni el tedio.

Al abatimiento y al malestar se unía invariablemente una perturbación espasmódica de la respiración, que se ponía irregular y acelerada, de tal suerte que una inspiración era involuntariamente seguida de dos inspiraciones bruscas y convulsivas; otras veces sucedía lo contrario: una aspiración necesitaba dos aspiraciones igualmente rápidas y convulsivas. Sin embargo, no me sentía amenazado de sofocación: la aprehensión no era el signo ni el efecto de un obstáculo material á la introducción del aire: el fenómeno era puramente nervioso. Además, mi respiración era ruidosa; silbaban que me ahogaba; me comparaban á un pez fuera del agua.

Los accesos tenían por término é invariable carácter un sentimiento penoso de obstrucción en la región epigástrica. Parecía que tenía un peso sobre el epigastro, que mis hipocondrios estaban puestos sobre dos toros. En cada acceso había concurso simultáneo de los tres órdenes de accidentes que acabo de señalar. Un cuarto fenómeno se mostraba solo accidentalmente. Todas las veces que se me anunciaba un acceso por alguna alteración singular del sentido del olfato, estubo seguro de ver ese síntoma convertirse en predominante. Un olor infecto, *sui generis*, me perseguía por todas partes, hallábalo en el aire que respiraba. No puede compararse al de los alimentos, en los objetos que me rodeaban, en el aire que respiraba. No puede compararse al de los alimentos, en los objetos que me rodeaban, en el aire que respiraba. No puede compararse al de los alimentos, en los objetos que me rodeaban, en el aire que respiraba.

Tales eran los caracteres constituyentes y dominantes de todos los accesos. No había de algunos síntomas variables que venían accidentalmente á complicar la escena. Súbitos deslumbramientos, vértigos, un enfriamiento general ó parcial, las mas veces limitado á las manos, escalofores fugaces por la espalda y los miembros, algunas veces náuseas y vómitos, sobresaltos en los músculos de los miembros y del tronco, y hasta esos encogimientos convulsivos ó espasmódicos de los órganos abdominales. Yo sentía distintamente el estómago ó una porción suya contraerse y flojarse súbitamente.

Los accesos, abandonados á sí mismos, se prolongaban rara vez más de cuatro ó cinco horas, y terminaban por un estado de debilidad y languidez. Ningun movimiento febril se ha desarrollado jamás en el curso de los accesos ni en los intervalos que los separaban. Las funciones digestivas no se alteraron jamás notablemente. No tenía más que un apetito muy débil; pero algunos días padecidos en la calma, una inacción casi completa me permitía un fuerte alimento.

Me hallaba en el triste estado que acabo de describir, hacia como seis semanas, cuando tuve la grandísima felicidad de hallar en el opio un paliativo poderoso, hábito, que sin atajar jamás el mal en su principio, le anuló casi completamente en sus efectos, y me devolvió en cierto modo á la vida.

La primera vez que tomé el opio, obtuve un éxito que me pasmó. El acceso que principiaba quedó cortado en media hora; todos los síntomas se calmaron y desaparecieron sucesivamente; parecían que una mano invisible dominaba el mal, que le hacía huir; un feliz bienestar vino á reemplazar todos los males que me atormentaban; me creí curado, y solo estaba aliviado. No tardé en presentarme un nuevo acceso; lo opuse, como se concibió, el mismo remedio que tan bien me había probado la primera vez, y obtuve el mismo resultado. Hice lo mismo la tercera vez, luego la cuarta, la quinta, y así sucesivamente. En fin, por una serie de experiencias repetidas todos los días, adquirí la prueba de que podía cortar siempre mis accesos sin poder curarlos. Di un paso más: previne el acceso. Bastábame tomar opio por la mañana para estar seguro de no ver presentarse ninguno en todo el día.

Así fue como involuntariamente llegué á engrasar el número de los thuraksis, y á convertirme en comedor de opio. El opio llegó á ser para mí mas necesario que el comer y el beber. Verdaderamente yo solo hacia por necesidad lo que los thuraksis por sensualidad. Pero no por eso me hice menos esclavo del hábito, y me volví obligado á aumentar la dosis cada vez. Me ha sido preciso lie-

gar sucesivamente á tomar por gramos á la vez una sustancia que no se cuenta y ni administra sino por centigramos ó por granos.

De ese modo he vivido más de tres años, tomándolo diariamente ó por la noche, y he conseguido infaliblemente el mal, cuyo principio permanecía en mí, como el opio adictivo. En todas las épocas ese malidísimo se presentaba invariablemente cuantas veces trataba yo de dejar el opio. De consiguiente, el enemigo no estaba mas que adormido, por decirlo así; estaba siempre presente, siempre pronto á principiar de nuevo sus estragos. Necesitaba yo velar siempre sobre él, oponerle siempre el arma cuyo poder conocía.

Semejante estado no era mas que tolerable, puesto que yo gozaba de una salud condicional y artificial. Colocado en una especie de equilibrio entre el mal siempre amenazando y un remedio peligroso, hice numerosas tentativas para hallar un medio curativo que pudiese atacar el mal en su principio y sustrarme á aquella sujeción de una profilaxia periódica, cuyos inconvenientes y peligros debían aumentarse con el tiempo. No contraí todas las tentativas que hice, pues me bastaría decir que todas han sido infructuosas. Un solo medicamento me hizo algún bien, que fué el sulfato de quinina, que ensayé por tres veces diferentes. Los accesos no desaparecieron, pero se hicieron menos estensos, y el malestar que los acompañaba disminuyó cada vez. Además, bajo la influencia de ese medicamento senti renacer mis fuerzas y mejorarse todas las funciones de la vida. Todos los otros medicamentos me fueron siempre inútiles, y no hay ninguno que haya podido reemplazar el opio como paliativo.

Sin embargo, hoy valor para recurrir á diversos medios empíricos que algunas veces producen buenos resultados en las calenturas y otras afecciones tenaces: es de comida y bebida hasta la embriaguez: es de contrarios, abstinencia, ayuno, marchas forzadas, permanencia en la cama, etc.: todas estas tentativas de la desesperación ó de la credulidad no he ni imitado al mal mas que modificaciones insignificantes ó efímeras.

De consiguiente, no sabía qué partido tomar. Todas mis esperanzas estaban frustradas; yo no podía contar ya con nada; no me estaba sino aguardar del tiempo ó de la casualidad un sororío incierto y una cura cada vez mas problemática. En esas tristes disposiciones de haber de una enfermedad singular que, después de resistir á todos los medios regulares de la ciencia, acababa de ceder como por encanto á la administración de algunos botellas de Rob Laffecteur. Es verdad que una experiencia semicurativa la comprobé en ciertas afecciones; la indispensable eficacia de este medicamento: pero yo no concebía bien como podía ser útil en una afección nerviosa. Sin embargo, acababa de suceder lo que no comprendía, y tomé el partido de no razonar, sino de ensayar, aunque no tenía mucha esperanza. Hice como el cazador desgraciado que suelta al acaso su último tiro del lado de donde oye decir que la caza pa-ó la vespers. Me puse, pues, al uso del Rob Laffecteur. Apenas tomé algunas botellas, cuando con gran sorpresa mía, y á mi propia satisfacción, me hallé en un estado que no concebía hacia cuatro años.

Por la primera vez pude abstenerme de opio sin ver reaparecer mis tenaces y malitos accesos. Pero, ¿debia desconfiar de ese resultado á la acción del Rob Laffecteur? No tenía ninguna razón para dudarlo. No me había sometido á ninguna prueba bastante poderosa para dar razón de la desaparición súbita de un mal inveterado que había resistido á tantos medios. Gese á tomar el Rob, volviendo los accesos; pero al cabo de un mes volví inmediatamente á tomarlo, y los accesos cesaron de nuevo, aunque no tan pronto como la primera vez, al cabo de quince días del empleo del medicamento. Tres meses hace que ya no tomo Rob, y no reaparece ningún acceso. Continué tomándolo el opio; pero en dosis cada vez menores y ya fraccionadas, y como un último tributo que ne-

cesito pagar á un largo hábito.—Bellanger, doctor en medicina.»

(Siglo del 19 de Abril de 1854.)

«Gula rebeldía.—En 1840 he tenido que tratar á Mr. Van H., capitán de larga navegación.

Todos los medios indicados para el tratamiento de la gula fueron agotados sin éxito por mi enfermo. Le sometí al Rob de Boyreau-Laffecteur. Las tres primeras botellas produjeron mucha modificación, y doce botellas completaron el tratamiento.

«Acabo de ver á Mr. Van H., dos años después de su cura. En su alegría me autoriza á publicar su observación que he abreviado mucho.

«En las enfermedades de la piel siempre se ha empleado con buen éxito el Rob de Boyreau-Laffecteur. Con este medicamento he curado á una señora que tenía en el muslo un empeine furfuráceo, para cuyo tratamiento bastaron seis botellas.

«He sometido otra señora afectada de mal de leucorrea al Rob de Boyreau-Laffecteur, y en pocos días cesaron los dolores de estómago y volvió á engordar.—J. Lavodel, doctor en medicina.»

«Convulsiones.—Un tal T., atacado de convulsiones mercuriales (pernitosis la espresión), asperimentaba unas convulsiones que le causaban movimientos tetánicos en los miembros. Esta enfermedad había sido la consecuencia de la aplicación de tinturas que se emplean en la curación de la sarna, y con las que se había mojado. Para obtener una perfecta cura bastaron dos botellas.—Pineau, boticario en Jarnac.—13 de Enero de 1848.»

«Reumatismo articular.—Mr. P., antiguo oficial de marina, vino á consultarme sobre una hinchazón de la rodilla izquierda. Tenía en ella un dolor intolerable que le exasperaba durante la noche, á pesar del empleo de vejigatorios, de la morfina y de baños hidro-sulfurosos. La afección no disminuía. Sometido el enfermo al uso del Rob de Boyreau-Laffecteur, en dos meses quedó curado.—Doctor Thomassin.—23 de Enero de 1848.»

Paris 22 de Agosto de 1858.

«Neuralgia cerebral.—Mr. N., atacado de dolores nevralgicos hacia muchos años, vino á consultarme el 13 de Diciembre, en cuya época era presa de una neuralgia cerebral de muchísima intensidad. He ido muchos meses que los dolores atroces é inalterables que sufría, y que eran continuos, le tenían privado completamente del sueño. Palpitaciones del corazón, que se hacían en una estension del pecho, existían simultáneamente, y ocasionaba una dificultad en la respiración que aumentaban por la noche. Sometido al depurativo que prescribí, sentí una mejoría muy grande al cabo de pocos días: en veinte su curación fue completa y exenta de toda recaída.—C. Vidal D. M. P. antiguo cirujano mayor de la marina, rue de Seze, 13, en Paris.»

CHOCOLATES AUBENAS,
nacion de honor en la Exposicion universal de 1855.

CHOCOLATE DE SALUD, EN GRANO Y MALEABLE.
En grano.—El chocolate Aubenas se prepara instantáneamente; 42 gramas echados en 25 centilitros de agua hirviendo producen en dos minutos una taza de excelente chocolate. Precio en Madrid, 16 rs. libria.

En salchichon.—Composicion maleable. Alimento higiénico para los ancianos y los niños, y muy útil en viajes y para postres. Precio en Madrid, 5 y 10 rs. Casa de expendición, rue Montmartre, 18, en Paris. Unico depósito en Madrid, calle Mayor, núm. 10, Exposicion Estranjera. (A. 1553.)

CHEVREUIL,
SASTRE.

Esta casa conserva siempre por su sencillez y buen gusto en las prendas de hombre y amazonas, la preferencia de la alta aristocracia que acude á

sus talleres. Uno especial tiene dedicado á las libreas de todas clases.

PAUL, que durante ocho años fue el único maestro de corte de pantalones en la casa Renard, es socio en la actualidad de la de Mr. Chevreuil.

SECATIVO BRILLANTE
DE RHAPANEL

para dar color sin frotar a los suelos de madera ó ladrillo.

El esmero con que fabricamos nuestro secativo es tal, que hoy es considerado como un producto excepcional y muy superior á todas las preparaciones del mismo género. El secativo brillante se usa en una multitud de grandes establecimientos públicos, pensiones; comunidades religiosas, casas de salud, etc. En provincias, en el extranjero y muy particularmente en Suiza, España é Italia y Holanda el éxito ha sobrepasado nuestras esperanzas. La utilidad del SECATIVO es actualmente reconocida por todo el mundo.

RAPHANEL ET COMPAGNIE rue Neuve Sina Merry 7 y 9 Paris, únicos depositarios del barniz de Lillois. Depósito general en Madrid ESPOSICION ESTRANJERA, núm. 10, calle Mayor, á 20 rs. el bote de dos libras. (A. 1649.)

MAL'S DE LOS OJOS.
POMADA anti-oftálmica de la VIEJA FARMACIA de St. André de Burdeos. Esta especialidad legalmente autorizada por decreto imperial de 1807 y disposiciones ministeriales de los años 1820 y 1832, goza hace mas de un siglo de una reputacion europea contra las afecciones de los ojos y de los párpados. Fortifica las vistas debilitadas, etc. (véase el prospecto). Sus resultados en España han sido certificados en Palma y Valencia el 14 de Octubre de 1816 y 31 de Julio de 1817 por informaciones judiciales.

Depósitos en Madrid, laboratorios de Calderon y Principe, 13; de Collantes, plaza del Angel, 7, y á don V. Moreno Miquel, calle del Arrenal, núm. 6. Precio del bote 16 rs. En Alicante, Soler; Barcelona, Martí; Cáceres, Salas; Huesca, Guallart; Sevilla, Troyano, calle de Colón, 36; Vitoria, Arellano, hijo. (A. 1245.)

AGUA ANTIPOPLETICA
de los jacobinos:

DE ROUEN DE HABERT, ÚNICA VERDADERA, eficazísima contra la apoplejia, vértigos é indigestiones.

Grandes anti-nerviosas de Laboureur, al valeriano de amonico puro, el solo aprobado por la Academia de Paris.

Experimentado en los hospitales de Paris, ha producido los resultados mas satisfactorios.

El valeriano de amonico de Laboureur, una sola preparacion de valeriana, que posee las ventajas de ser en proporciones definidas y de no tener ni olor ni sabor. Ventas por mayor en Madrid, Exposicion estranjera, calle Mayor, 10; por menor, Calderon, calle del Principe, 13; Collantes, plaza del Angel, núm. 7, y Moreno Miquel, Arrenal, 6.

En provincias, en casa de los corresponsales de las Exposiciones estranjeras. (A. 1635.)

NO MAS OPERACIONES EN LOS OJOS.
Agua colirio del doctor Rousseau, para la curacion radical de las enfermedades de la vista; cataratas, amaurosis, nubes, inflamaciones, etc. Fortifica las vistas debilitadas, y cura la gota serena. Las personas que aun perciben los efectos de las sombras y de las nieblas, recobran completamente la vista en el espacio de diez á quince dias.

En Paris, á 40 frs., Mr. Paul Bon, rue des Saints-Pères, núm. 12.

Madrid: Calderon, Collantes, y Moreno Miquel, Arrenal, 6.—Precio 50 rs. (A. 1493.)

CASA DEMARSON PETIT Y COMPAÑIA.

PETIT Y MOCHETTI

SUCESORES.

21, RUE MARTEL, PARIS.

Esta casa, cuya importancia acrece cada dia de un modo considerable, y que es proveedora de varias Cortes estranjeras, se recomienda ella misma por la excelencia de sus ricos productos de perfumeria.

Sus grandes relaciones en Asia y América, la permiten procurarse las materias primeras en los mismos países donde se producen, sin verse en la obligacion de tener que pasar por manos intermedias que casi siempre falsifican las mejores calidades. Los conocimientos en química y medicina que poseen sus directores, dan la seguridad de la higiene que contienen los artículos que fabrican sin quitarles por esto la suavidad del perfume.

La voga que ha alcanzado esta fábrica en Francia, la ha colocado en primera linea entre las casas de perfumeria, y es bien seguro que las Señoras españolas, al surtir de sus productos, mantendrán esta bien adquirida reputacion. Depósito en Madrid, ESPOSICION ESTRANJERA, calle Mayor, número 10. (A. 1650.)

